

PALABRAS DE BIENVENIDA A LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO, PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR FELIPE MENDOZA, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EN LA SESION SOLEMNE CELEBRADA EL 24 DE JUNIO DE 1981

El acto que hoy nos congrega corresponde a una sabia costumbre que la Academia Nacional de Medicina tiene establecida formalmente en su Estatuto General, para recibir a los académicos numerosos de nuevo ingreso.

Con el realce que le confiere la presencia de nuestros distinguidos invitados de honor, el acontecimiento tiene intrínsecamente singular solemnidad y nobleza. Hoy, por vez primera en este recinto, los nuevos académicos hacen profesión de fe en la capacidad humana de superación y de servicio creciente a los demás y nos obliga a todos a renovar tal declaración y a reafirmar el mismo compromiso.

Les damos la bienvenida, con el reconocimiento de la obra que han venido realizando, sin tregua, en larga trayectoria. Tenemos la certidumbre de que la Academia, campo ancho y fecundo para el

desarrollo de la personalidad médica de cada uno, con ellos acrecentará y renovará el patrimonio legado por nuestros mayores y enriquecido con el aporte de quienes con gran prestancia ahora la integran.

Por ser el reconocimiento uno de los ingredientes principales de esta sesión solemne, resulta natural que los señores académicos con 15 años de antigüedad reciban hoy el diploma que los acredita como socios titulares y que es testimonio de agradecimiento y muestra de justa estima por su actuación ininterrumpida durante tres lustros, en bien de la medicina, al través de nuestra Corporación.

El reconocimiento a quienes hoy se enlistan con nosotros adquiere mayor significado si se toma en cuenta que el batallar perenne de la medicina nunca había exigido tanto y tan imperativamente

y que el ingresar a la Academia muestra el afán de estar en la vanguardia de esa lucha.

Más que nunca antes, la medicina no sólo se ocupa del que solicita su ayuda por aquejar dolencias o sufrimientos, ni sólo atiende a grandes grupos humanos para aplicarles medidas de prevención, sino que se ha echado a cuestras el cuidado de su salud, la salud total: biológica, psicológica y social.

En los últimos decenios ha sido tal y tan vertiginoso el adelanto de la medicina, que a menudo se pierde la perspectiva y parecería que la salud del hombre dependiera fundamentalmente de los médicos y de las disciplinas que cultivamos, perdiéndose de vista la complejidad de factores que condicionan las formas de vida de nuestra especie y las circunstancias sociales y políticas que determinan la salud de los diversos conglomerados humanos.

Particularmente en nuestro medio, buena parte de los admirables recursos técnicos de que ahora se dispone resultan desperdiciados onerosamente por no aplicarse con mayor ahínco y extensión a la investigación biológica y psicológica básica. A veces, inclusive, el alarde técnico expone a peligrosas prácticas que en ocasiones se generalizan, más en pos de preeminencia en un campo determinado que en busca del genuino bienestar de los enfermos y de la comunidad.

Siguiendo a Lewis Thomas, podría decirse que la contribución más significativa que la ciencia del siglo XX ha hecho al intelecto humano es enfrentarlo despiadadamente a la profundidad y extensión de su ignorancia.

Ahora más que nunca resulta natural e imperiosa la disposición a consultar y preguntar y la única actitud gallarda es la de ofrecernos a trabajar con lo mejor que tengamos al lado de quienes ignoren menos.

Ahora más que nunca resulta difícil la valoración juiciosa de que la mayor parte de lo que somos y tenemos se nos ha dado y que, pese a los riesgos que las costumbres tienen para frenar el progreso, son indispensables para mejor lograrlo cuando constituyen una genuina y firme tradición.

Junto con el equilibrio entre la tradición y el adelanto, nuestra Corporación ha conseguido armonizar la natural afirmación de identidad irrepetible de cada uno de sus miembros con el respeto al papel que a los otros corresponde.

Hay diálogo continuo y productivo, porque se sabe escuchar y si el juicio propio prevalece no es por lo estentóreo de la voz con que se enuncia, sino por la persuasión que logra el peso específico de su contenido. La Academia hace suya la afirmación de Sócrates a Meno: "No hay muchas cosas que yo pueda decir que sé, pero con toda certidumbre una de ellas es que el verdadero conocimiento es distinto de la simple opinión".

La vida de la Academia no transcurre en este digno recinto sino que circula por aulas y laboratorios, salas y quirófanos de los hospitales, oficinas y centros de estudio y planeación, en la provincia y en la capital, en todo sitio en que cualquiera de sus miembros, preocupado por la salud del hombre, actúa con sentido corporativo, teniendo como norma perseguir la excelencia del conocimiento y de la acción.

Tantos y tan distinguidos miembros hay en esta Corporación y tanta y tan admirable es su permanente disposición de servicio que al ingresar, recibirán ustedes ayuda e impulso como no lo imaginaron y tendrán sin duda la angustia que a muchos nos estruja, de no saber o no poder dedicar a la Academia más y mejores esfuerzos y desvelos.

A ustedes, que inician con nosotros una nueva jornada del camino dentro de esta honorable Academia, quiero recordar aquel enunciado medieval que reza así: "El honor no es la recompensa por la que lucha el hombre de bien puesto que si así lo hiciera, su batalla dejaría de ser virtud y sería mera ambición", y no encuentro nada más sincero para mi salutación final que las palabras de Walt Whitman en su *Canción del camino abierto*:

*"¡Escucha!, seré honrado contigo;
no te ofrezco las viejas recompensas fáciles,
sino otras, nuevas y difíciles".*

PALABRAS DEL DOCTOR ENRIQUE PIÑA GARZA, EN REPRESENTACION DE LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO

... soy lo bastante niño para creer en cosas de esas que las personas maduras y aun los mismos estudiantes de estos tiempos de superior sabiduría se avergüenzan; digo que creo en una vida ideal.

Rabindranath Tagore

No sólo legítimo, sino obligatorio para un grupo académico es el seleccionar los individuos que considera más aptos para incorporarlos a su seno, a trabajar por los objetivos del grupo. Así, la más antigua y singular de las agrupaciones biomédicas de la República Mexicana, hoy, solemnemente nos abre sus puertas. La solicitud de ingreso que signa-

mos meses atrás y nuestra jubilosa presencia esta noche, sellan el compromiso tácito de seguir las huellas de estudio y trabajo de los que nos han precedido. El acontecimiento, de marcado significado en nuestra vida profesional, así como la vida de la institución, da lugar para meditar, como lo hiciera Dante, el camino recorrido; y con base en ello y apoyados en la experiencia, delinear la ruta que falta por recorrer.

Nuestra reacción inicial hubo de ser de modestia y de agradecimiento. Modestia porque es tanto lo que nos falta por hacer, en comparación con lo hecho, por más que esto haya sido mucho, que de ninguna manera nos podemos sentir tranquilos. El orgullo por la labor realizada tal vez pueda ser justificable en quien, por méritos propios, crea tener saldada su cuenta con la sociedad que lo formó. No miento, al afirmar que no es este nuestro caso. De donde no puede caber orgullo en haber sido aceptados por esta Corporación, sino en el mejor de los casos satisfacción. Y mayor satisfacción en función del esfuerzo ejecutado para alcanzar el veredicto, nunca en función de la mayor o menor capacidad intelectual con la cual la naturaleza nos dotó. Mezquino motivo de orgullo sería envanecerse de lo propio de la naturaleza y narcisista hacer gala de lo que no ganamos con el esfuerzo.

Como dije, nuestra reacción también es de agradecimiento. Habremos de manifestar agradecimiento a nuestra Academia por habernos aceptado; a nuestros maestros, en mi caso Laguna, Guzmán y Martínez Cortés por haber dejado huella, y a nuestros alumnos, a mis queridos alumnos de posgrado, por ser la fuerza creadora, la juventud alegre y exigente que cotidianamente coparticipa en darle razón y sentido al trabajo.

Nuestra respuesta de modestia y agradecimiento no ha de quedarse en palabras. Al decir de Vasconcelos: "La palabra noble ha de mover el ánimo; de otro modo se vuelve farsa". La subliminal inconformidad por no habernos esforzado lo suficiente y la gratitud de la cual nos quisiéramos ufannar, tendremos oportunidad de colmarlas al contribuir con nuestro esfuerzo en el trabajo de la Academia Nacional de Medicina, a la manera de nuestros predecesores. Pero no podemos limitarnos a ser académicos de noche de miércoles. Nuestros compañeros de trabajo y la sociedad en general nos identifican como miembros de una honrosa Corporación, en todos y cada uno de los actos que efectuamos como profesionales de la salud. Por consiguiente, nuestro compromiso con el conglomerado médico y con la sociedad mexicana, como un todo, se acrecentó.

Se nos plantea una interrogante fundamental: ¿cuáles actividades propiciaremos? Los estatutos de la Academia Nacional de Medicina nos dan la pauta inicial en la respuesta. Estipulan la promoción del estudio, la enseñanza y la investigación médica. Por ende, la ya de por sí formal actividad docente desplegada por cada uno de nosotros deberá verse favorecida. Bueno que en razón de nuestra actividad como académicos sepámos más y se am-

plé nuestra formación al interactuar con especialistas de diferentes áreas: podremos enseñar más y formar mejor a los alumnos a nuestro cargo. El adecuado ejercicio de la medicina incluye necesariamente el estudio cotidiano así como el comportamiento racional, científico, en cada acción como profesionales de la salud. Nuestra condición de académicos nos subraya la práctica de ambas operaciones.

Implícita en nuestra actividad humana, médica y ahora de académicos, existen un par de aspectos que quedan comprendidos al estudiar, enseñar e investigar, pero dadas las circunstancias, pareceme conveniente hacerlos explícitos: trascendencia y servicio a la sociedad. Ambos complementan el sentido de lo que estipulan los estatutos de la Academia.

Una de las más añejas y arraigadas ambiciones de los hombres en particular y de los grupos humanos es el deseo de trascender. Algunos académicos y la Academia Nacional de Medicina, como tal, lo han logrado, pero el afán de trascender, como el de amar, es infinito y nuestra institución nos pide trascender aún más.

En nuestra actividad profesional, tal vez uno de los renglones más difíciles de analizar, de cumplir, de medir en sus logros y al mismo tiempo de la mayor importancia, es nuestro compromiso con la sociedad. Es palmaria verdad que por el hecho de ser médicos tenemos la responsabilidad de mantener y restablecer la salud de los individuos y de la sociedad. Pero la responsabilidad no es igual para todos los médicos. Es mayor a medida que se acumulan experiencia y conocimientos, que se adquieren nuevos compromisos con nombramientos otorgados por méritos académicos, que se escalan puestos en sociedades médicas, que se enseña, que se madura, que se acerca al inalcanzable llegar a ser. Así nuestra actitud de servicio queda ahora más comprometida. Nuestra responsabilidad hacia una sociedad, que anhelamos sea más sana, y nuestro compromiso para con ella, es mayor el día de hoy que el de ayer, y adquiere diferentes proporciones ahora que somos académicos.

Delineadas al tipo de actividades a favorecer y esbozada nuestra ubicación profesional en el entorno social, ¿cuál podrá ser la mejor manera de saldar nuestros compromisos como hombres, como médicos, como académicos, como mexicanos? ¿En qué forma podemos cumplir mejor, con modestia, manifestar nuestro agradecimiento; promover la enseñanza, el estudio, la investigación científica y sobre todo actuar como profesionales de la salud con la sociedad a la cual nos debemos?

Antes de proponer caminos ya andados, quisiera comentar un hecho que habrá de considerarse al ofrecer alternativas: la sociedad es a quien habrán de orientarse nuestros servicios, pero la influencia directa de los miembros de la Academia Nacional de Medicina sobre la sociedad es muy pequeña; ¿cómo podemos ampliar esa influencia? ¿Cómo podemos obviar dicho obstáculo? ¿Cómo responder a la creciente y multicefálica responsabilidad?

Pocas armas resultan tan convincentes a largo

plazo como el adecuado ministerio del ejemplo. El ejemplo cotidiano, en todos y cada uno de los actos de nuestra vida, por todos y cada uno de los socios de la Academia Nacional de Medicina. Tratemos además de hacer proselitismo con el ejemplo. Si la comunidad que mantiene una relación laboral con nosotros sigue nuestro ejemplo, y ella a su vez sirve de ejemplo, se podrá obtener el efecto de ampliación deseado y necesario para el país; es manifiesto que el dar buen ejemplo no puede ser privativo de los académicos. Ojalá así lleguemos a que en la República Mexicana, nuestra influencia alcance todos los actos profesionales efectuados por cada uno de la totalidad de los médicos.

No reclamamos originalidad en la recomendación, ni en sus aplicaciones concretas. A fines del siglo pasado Ramón y Cajal escribió: "La ciencia, como todas las actividades específicas del entendimiento, es simple consecuencia de la imitación y del ejemplo. Del mismo modo que el hijo aprende el oficio del padre, mirando y ensayándose, así el sabio en perspectiva aprende a investigar mirando al investigador y trabajando bajo su vigilancia". Incluso muchos de los asistentes actúan convencidos de la significancia del ejemplo, pero una ocasión como la que ahora y aquí estamos viviendo es propicia para reafirmar nuestra privilegiada posición de predicadores del ejemplo.

Mencionaré algunas conocidas ventajas del ejemplo como alternativa para influir positivamente en la sociedad. Se puede ejercitar todos los días, a lo largo de la jornada completa de trabajo; no se requiere realizar algo nuevo, pero lo que hacemos hay que hacerlo bien. Pero además no hay objeciones para que nuevos y renovadores planes se intenten y desarrollen; las mejoras siempre serán bienvenidas. Y ese ejercicio del "ejemplo consciente" nos permitirá cumplir como hombres, como médicos, como académicos y como mexicanos. También vale la pena notar, aceptado el principio de responsabilidades sociales crecientes en función de nuestra ubicación en la sociedad mexicana, que la obligación moral de dar ejemplo, buen ejemplo, se acrecienta en nosotros. Y no nos podemos quejar de haber recibido una mala herencia; lo que sucede es que nuestras necesidades y lacras sociales son cada vez mayores.

¡Cuidado con el mal ejemplo! Nuestros alumnos y compañeros de igual forma tratarán de superarnos en ese renglón. También de Ramón y Cajal es esta frase: "No reside, pues, el daño en los que aprenden, ni en el Estado, que, en la medida de lo posible, sufraga los gastos, sino en los que enseñan. De unos salen los otros. Ideal del discípulo será siempre parecerse a su maestro: ¿cómo superarse si no halla cerca de sí otro término más alto de comparación?"

¡Cuidado con el mal ejemplo! Entristece decir que en nuestra sociedad los bienes económicos ocupan un lugar superior al de los valores humanos, científicos y técnicos. Es alarmante el deterioro en gran parte de la colectividad mexicana, donde la corrupción se ha convertido en timbre de orgullo,

donde las canonjías y prebendas de grupos prevalecen sobre los derechos de las colectividades. Y esto sea dicho sin afán de alinearse en posiciones fáciles o de moda, sin hacer alarde de jactancia y sin intentar señalar individuos específicos en nuestros gobiernos, que el deterioro de nuestros valores no es privativo del gobierno. Está dicho con preocupación honda y genuina por considerarse (aquí a título personal) como el problema más grave en México. Y si la Academia Nacional de Medicina se siente en conciencia comprometida a contribuir en la solución de ciertos problemas concretos como la alimentación adecuada de nuestro pueblo, similar sentimiento sería deseable experimentar en lo relativo al detrimento de los valores en la sociedad y así tratar de sumar esfuerzos para restablecer las normas axiológicas que prevalecían en la época de nuestros fundadores.

Todos los actos médicos con los cuales demos ejemplo habrán de estar sustentados en dos pilares: el amor y la ciencia; habrán de ser hechos con amor y habrán de ser actos científicos. Ilustre mexicano, Chávez, don Ignacio, nos dijo: "La medicina es tan dura, tan exigente, tan áspera, que cuando se practica sin amor, se vuelve cadena al pie".

Simultáneamente nuestros actos médicos deberán contener un profundo carácter científico. El pensamiento de Carrel es relevante al respecto: "El progreso de la medicina no ha de venir de la construcción de hospitales mejores y más grandes, de fábricas de productos químicos más amplias y mejores. Depende por completo de la imaginación, de la observación de los enfermos, de la meditación y de la experimentación en el silencio del laboratorio". La sustentación efectiva en los dos pilares mencionados impediría llegar al pretexto de sacrificar el academicismo en aras del servicio; las transgresiones implicarían la falta de comprensión o acatamiento a ambos principios.

Tal vez parezca una utopía y hasta una necedad que al continuar haciendo lo que hacemos como profesionales de la salud, por el solo hecho de hacerlo con amor, apegados a los cánones científicos y con la recomendación de que se nos imite y se imite a los que nos imitan, se contribuya, en mayor grado, al bienestar de la sociedad. El aquí esbozado marco de trabajo pudiera recordar el de "un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor" ilusionado con "los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer".

Pero reconozcamos que el problema al cual nos enfrentamos es de gran envergadura y que vale la pena luchar para resolverlo. Y tómese nuestro idealismo y nuestro trabajo como contribución a las metas de esta Corporación. Nuestros ideales deben ser ambiciosos y siempre puede ser oportuno renovar los intentos para alcanzarlos. A la par estamos empeñados en todos sentidos, no sólo en el aspecto físico y literal en el que fue escrito, a hacer de nuestro México, incluso de nuestra ciudad capital, "la región más transparente del aire".